

CRITICA DE EXPOSICIONES

- JOSE MARIA FALGAS
- MANUEL BARNUEVO
- JOSE LUIS GALINDO
- JOSE MARIA PARRAGA
- SAURA PACHECO

Hace unos días recibí un librito sobre la pintura de José María FALGAS, donde se reproduce un comentario mío de hace bastantes años. Y estimo oportuno recordarlo aquí, al enjuiciar la exposición que el artista murciano presenta actualmente en la sala municipal de la plaza de Santa Isabel. Porque, en efecto, larga ha sido en su historia profesional la etapa de los retratos de factura uniforme, que marcaron prácticamente la característica de su estilo; sobre todo los retratos femeninos con galantería interpretativa, rectificando incorrecciones estéticas de los modelos, aunque conservando milagrosamente los parecidos; cuyo amplio período en su trabajo podríamos denominar del «píropo pictórico». Y aunque el sentido y alcance de esta tarea limitada no suele ser suficiente para determinar —por su destino particularísimo y su realización generalmente mediada por el encargo— la singular trascendencia creadora que todo artista precisa, sí es lo cierto que ha permitido a Falgas dominar la disciplina del riguroso dibujo y del empleo de los colores; cimentación ineludible de seguridad y destreza, que es camino único para metas más ambiciosas de simplificaciones, desdibujos y hasta deformaciones anatómicas. Por eso no nos ha sorprendido en absoluto la intensa evolución de su pintura ahora, que se acusa especialmente en los cuadros de menor tamaño de esta muestra sobre el tema exclusivo del Entierro de la Sardinia. Referido, por tanto, nuestro comentario precisamente a esos pequeños cuadros sobre todo, por considerarlos los «más grandes» desde el punto de vista pictórico, es obvio que Falgas ha cambiado la dulzura característica de su estilo por un vigor que sacrifica los efectos con propósito ornamental, para plantearse y resolver problemas de composición en síntesis con figuras agrupadas, confiando al color estrictamente la misión descriptiva; aunque aquellos efectos se den por añadidura en el resultado plástico, sin buscarlos, en la justa medida que favorece la vistosidad del tema. Tienen dramatismo estas versiones del festejo popular murciano y subyugante ambiente de misterio, como relatadas con inspiración quimérica. Y es su técnica certera, de pinceladas espontáneas y fluidas, de lim-



FALGAS (Fragmento)

pio colorido y sin insistencias; con lo que queda la representación, de esta suerte, sugerida en lo suficiente por el cromatismo unificado, que tanto se vale de las pigmentaciones como de los espacios sin pintar, respetados eficazmente en su pureza originaria del soporte. Estos pequeños cuadros de la exposición de Falgas descubren, en definitiva, una inquietud creadora prácticamente desconocida en su labor y abren para ella nuevos caminos de posibilidades trascendentes.

Aunque tuvimos ocasión de ver, hace ya tiempo, algún ejemplo de la vocación pictórica de Manuel Barnuevo —prometedora, por cierto— en la Casa de Cultura, la ex-



MANUEL BARNUEVO

posición que ahora presenta en la galería Zero puede considerarse prácticamente como formal iniciación de su actividad profesional, tanto por la responsabilidad que esta muestra supone por su carácter individual como también por lo que tiene de estimable contenido, que corresponde a un pintor suficientemente formado en la técnica de la pintura, dominador de la materia y de las posibilidades configuradoras del color, con fluidez y donaire de pincelada. En tal sentido, los cuadros de Manuel Barnuevo aparecen unificados por el común denominador de un sentido personal y exquisito del colorido, de limpios empastes y grises dominantes en la difícil variedad de las entonaciones. Y con un concepto muy ajustado de la composición equilibrada, ponderada armoniosamente, mediante la vigorosa y agresiva determinación de estructuras, por facultad instintiva, con el espontáneo brío de los trazos cromáticos definidores. Sentido plástico éste que es consecuencia, además de los estudios realizados y su amplia experimentación posterior, de un temperamento tan sutil como energético para la creación artística y para la apreciación selectiva de los colores. Y aunque del conjunto de las obras exhibidas se aprecian distintas influencias y diversidad de fuentes inspiradoras —como es comprensible en un pintor joven, que se halla en busca del cauce más adecuado para su expresión artística y fijación de estilo, valorando otros estilos afines a su personalidad; y hasta se justifica también por la circunstancia, presumible por su ausencia hasta ahora en las galerías, de que las obras expuestas sean con-

ARTE

secuencia de diferentes momentos de su evolución—, es lo cierto que la labor realizada por Manuel Barnuevo hace que deba contar desde ahora entre los jóvenes valores de la actual pintura murciana.

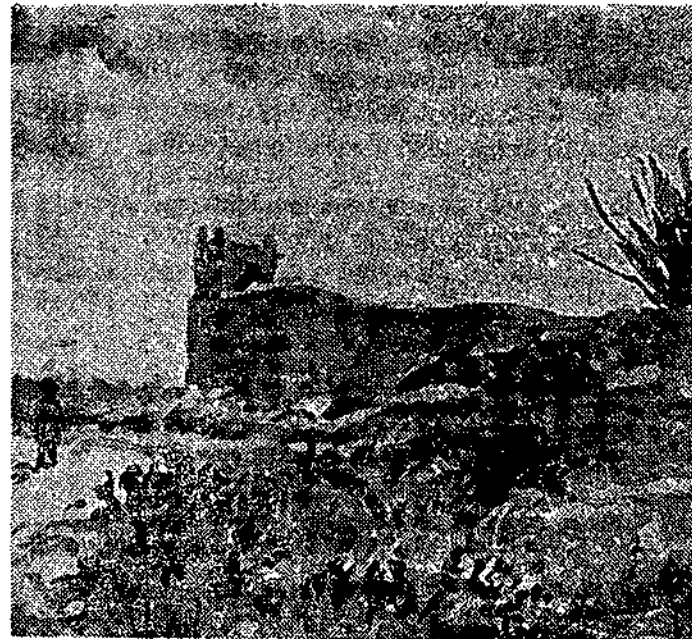
José Luis Galindo y José María Parraga exponen en la galería Chys. Exposiciones que ofrecen novedad por ausencia, ya que casi dos años lleva Galindo sin presentar sus obras en Murcia —el que nos tenía acostumbrados a muestras muy frecuentes—, y más de tres años Parraga.

Justo es reconocer que, durante todo ese tiempo, Galindo ha trabajado lo suficiente para renovar su técnica, con indiscutibles pruebas de superación. Y, de esta suerte, el color aparece en sus cuadros limpiamente tratado, con un acierto de pigmentaciones intensas que no impiden la unidad cromática de la composición. Una labor de adiestramiento sumamente provechosa para su haber profesional, que no sólo ha comprendido los problemas de color, de exactitud en la pincelada —ya espontánea o reiterada— y de la calidad de los empastes, sino que ha alcanzado también a la disciplina del dibujo, como bien queda demostrado en esta exposición con los muy estimables a tinta que se exhiben, realizados con oportuno y seguro trazo, imponente ejecución y muy bellas simplificaciones descriptivas. Pero inseguro, todavía en la elección de un estilo definidor, las obras de Galindo aparecen

manifiestan sin recursos de estructuración geometrizada.

Parraga sigue realizando su labor como corresponde a un extraordinario dibujante, de auténtica personalidad plenamente definida. Hay en sus representaciones ternura, emoción, ritmo y una sutil ironía más o menos velada según la temática, y que llega a ser verdaderamente ingeniosa en los asuntos de inspiración política. En definitiva, como ya hemos dicho en otras ocasiones, sus interpretaciones de la figura humana —con la sorpresa de unas deformaciones siempre insospechadas— producen el milagro de hacer bella la fealdad y hasta más ingenua la inocencia. Arte el de Parraga que, en la actualidad, se viene produciendo con el grato complemento de una técnica cromática de calidades sutiles y laboriosas.

Tan frecuentes y recientes son las exposiciones de Saura Pacheco y tan conocida su labor entre nosotros —fiel reflejo permanente de un invariable concepto pictórico de rectitudes tradicionales—, que cualquier comentario más sobre su pintura carecería por completo de novedad respecto a cuanto llevamos ya escrito con motivo de las muchas exhibiciones de su arte. Alterando los procedimientos del



SAURA PACHECO

diluidas en posibilidades de la representación y en el uso de distintos lenguajes plásticos, como si esta muestra fuese el fruto de una larga experimentación para concretar el estilo propio y definitivo. En tal sentido, existen ahora ejemplos, todavía, de posados conceptos un tanto mezciados, que nos hacen recordar sus configuraciones humanas basadas en la elipse y en las estructuras cóncavas; si bien aparecen nuevos caminos, que estimamos de más acertado y positivo alcance, en los que las versiones de la figura humana se

óleo y del agua —aunque con más destreza y espontaneidad con la acuarela—, Saura Pacheco sigue siendo, ante todo, el enamorado captador de los paisajes murcianos, de gratas luminosidades cromáticas, impecables perspectivas y resultados plásticos de evidentes efectos ornamentales. Así se demuestra una vez más en la exposición que presenta en la sala Vidal Espinosa.

CAYETANO MOLINA